

ME QUIERO CONFESAR

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Yo creo en Dios, en el Dios que formó las galaxias y el espacio intergaláctico, y dentro soltó un sinfín de estrellas, astros, cometas, nubes de gas, polvos cósmicos, energía y un montón de cosas más de las que, seguro, todavía no nos hemos enterado. Y que sepamos, hizo un planeta especial, la Tierra, para situar en él al hombre.

Yo creo en Dios, en el que hizo al hombre juntando una plétora de piecitas de muy diferente manera que amasó con una cosa que desde ese momento se llamó agua, para que surgiera la figura que hoy representamos; y de un trocito de hombre hizo la mujer con el fin de que lo acompañara.

Yo creo en Dios, en el que dijo a Adán y Eva que crecieran y se multiplicaran con el fin de que llenaran la Tierra que los había asignado dentro de las galaxias.

Yo creo en Dios Hijo, en Jesús de Nazaret, que el Dios Padre mandó a este mundo nuestro para que lo organizara y dijera a los hombres y mujeres cómo tenían que comportarse, en lugar de como lo estaban haciendo. Y para engendrarlo eligió a María, como su madre en la Tierra.

Estos días estamos celebrando la Natividad del Señor, el Dios hijo de Dios. Con toda mi familia; la que tengo físicamente alrededor y la que nos acompaña desde el reino de Dios, pues, estoy convencido, el Señor los tenía reservado un lugar. Cantaremos villancicos, daré gracias al Todopoderoso por todos los años que me ha permitido estar por aquí, agradeceré especialmente a los médicos que me han cuidado y han sabido hacer todo lo necesario para que siguiera en mi fe, y responderé a mis amigos de su aprecio pues sin ellos no hubiera sido igual.

Pero creo que tengo que confesarme. Porque algo se me pega al estar rodeado de tantas opiniones extrañas, duras, confusas que empujan hacia la duda en la fe, a no cumplir con las normas de la religión en la que creo, a mirar con pasmo casi todo lo que se presenta ante los ojos, a dudar de si unos u otros atinan con sus ofertas, con sus promesas, con sus actitudes, con sus comportamientos, con aquellas mandas y juramentos en los que aprecias escasa verdad, pues te parecen timos para engañarte, ofertas para atraerte... y, en mucho de ellos, estimas se desprenden pecados, escasez de honorabilidad, yerros llenos de imperfecciones... de lo que, sin querer, como decía, algo se pega.

Vivimos en un ambiente confuso, de mentirosos y troleros que vende lo vulgar, lo mezquino y lo miserable como si fuera la oferta más digna, meritoria y plausible. Y cuando lo reflexionas te das cuenta, y cuando escuchas a personas dignas sus puntos de vista y sus creencias dudas, pero cuando lo dejan caer en la radio o la televisión, y cuando aparece reflejado en los periódicos piensas lo contrario. Pues a ti, a mí, en no pocas ocasiones, nos hacen vacilar. Y valorar sin mucha convicción donde está la autenticidad, donde la quimera, donde la falsedad.

Existimos en un tiempo en el que matar a los no nacidos es progresismo. Lo dicen a través de leyes. Y no solo en España sino también en la OMS –nada menos que en la Organización Mundial de la Salud–, en la ONU, en la UE; y cuando Polonia o Rumanía opinan lo contrario, los ponen el veto. En España estamos contentos con la ley del aborto; aunque en el año 2011 se matara a 118.611 no nacidos, y en 2021 se registra haber reducido el número a 90.189; y alargándolo a todo el mundo, se estima 73 millones de abortos los que se producen cada año con el beneplácito de los organismos internacionales: porque estos asesinatos se pueden hacer sin sonrojo. Andamos en guerras absurdas donde se han producido 9.227 muertos, de los que 3.826 son niños (cifras que cambian todos los días, por lo que desde que escribimos esto habrás aumentado considerablemente) en la zona Palestina, y del orden de 1.400 en la zona Israelí. Con razón sollozamos por los muertos y las salvajadas de la guerra, pero comparativamente no son nada comparando con los seres humanos que dejan de existir por medio de los abortos provocados que hemos visto, y que en España rondan los 100.000 anuales.

Aunque con otra dimensión, existe otro conjunto de formas de perder la compañía de compadres que me aqueja, como ha de hacerlo al resto de la humanidad, y son: la eutanasia –mediante la que se fomenta la anticipación de la muerte ya sea por decisión propia ya por decisión familiar– que ha producido 295 óbitos en 2022; los suicidios –muerte de hombres, mujeres y jóvenes por decisión propia ante un hecho que no puede soportar–, que alcanza los 4.003 fallecidos en España en el año 2021 (2982 hombres y 1021 mujeres), con la cifra de 176.000 en el mundo por violencia juvenil; y la muerte por la llamada «violencia de género» que, a las fechas que se redactaba este comentario, alcanzaba la cifra de 53 mujeres en el año 2023 –31 por hombres españoles y 22 por extranjeros, dato que no se reflejan en los informes públicos; habiendo otra estadística que refleja que el 68,6% son nacidos en España y el 31,4% en el extranjero–; a lo que habría que agregar los fallecidos por la «violencia de género femenino», que no se hace público, pero que también existe. Muertes que no deberían existir y que me inclinan a pensar que indirectamente somos culpables todos los mortales, por lo que me debo confesar.

Por otro lado, me noto confundido, insultado, manejado por unos políticos a los que elegimos para que se ocupen de los asuntos de la nación. Para que se eduquen mayores y jóvenes en las normas que han de seguir con el fin de que la convivencia sea correcta; para que adquieran cultura y ciencia para sí y para sus congéneres; para que todos puedan trabajar honestamente con el fin de cumplir los designios de Dios; para que formen una familia y decorosamente la saquen adelante; para que honorablemente lleven los negocios y las arcas del país y eviten rapiñas y sustracciones; para enriquecer el campo y este se convierta en un espacio idílico, bello y fructífero; en resumen, para que la patria sea como una familia bien avenida, honorable, insigne, honrosa y digna, siguiendo los consejos de Jesús, y por lo que fue sacrificado en Cruz por los insidiosos que se enfangaban por la ambición de poder, seguido por los lerdos incapaces de pensar por sí mismos.

Por todo eso creo que me tengo que confesar para echar fuera los malos augurios, las predicciones negativas, las profecías que solo conducen a lo perjudicial, las posiciones que pueden situarte en lo pernicioso, porque, a veces, se adhieren a uno aunque sea en pequeñas dosis.

Pues por el viento o el contacto, como ocurrió con la pandemia, se va pegando en uno lo que porta toda una gavilla de españoles que van corriendo tras las falsedades de sus oráculos. Les hablan de progresismo y lo que presentan y obligan a admitir es todo lo opuesto a lo que realmente es progreso. No se adelanta en mejoras con lo que ofrecen sino que en lo que cacarean percibimos ofertas que no dejan de ser ataques contra lo humanitario, agresiones contra todo lo que es beneficioso para los componentes de la sociedad, para los hombres y mujeres que se pretenden cubrir con un paraguas que pueda revestir lo malo con intenciones de aprovechar lo mejor para todos.

Por el temor de, sin querer, verme impregnado de toda esa porquería que destila la mugre que nos rodea, quiero confesarme. Deseo limpiar mi cobijo de roña porque con ella no puedo hacer el camino que me conduce al encuentro del Dios que me dio la vida para que, después de vivirla honestamente, pueda aspirar a entrar en el Reino. Y con este moho que se va pegando día a día no hay forma de conseguirlo.

Estos días celebramos el nacimiento del hijo de Dios. María ha cumplido el sí que dio al Ángel Gabriel, y Pedro aceptó el papel que el Altísimo le había asignado. Y, dentro de esa familia, el que se llamaría Jesús nació en Belén, disfrutó en los primeros momentos de la paja del pesebre, los pastores fueron quienes inicialmente tuvieron la oportunidad de gozar de su influjo. Luego llegarían los Magos de Oriente a rendirle pleitesía. Había nacido Dios y empezaba su tarea de ir dejándonos, a través de la palabra y acciones, aquello que habría de servir para que, durante nuestra vida, ganáramos el lugar que tenemos reservado.

En su nacimiento y posterior evangelización del pueblo elegido, Jesús nos fue dando muestras de la humildad de su vida, de las palabras sencillas con las que iba dando a conocer lo poco que se precisaba para ganar el Reino de Dios, aunque, eso sí, había que poner en ello todo el sentido que cada mensaje tenía. Cosa que ahora no respetamos, damos a las palabras el sentido que nos interesa. Y en cada vocablo hallamos la significación que nos sirve para conseguir sacar adelante nuestros deseos, sean para lucrarnos de lo que no es nuestro, sea para pisar lo que se ponga por delante para llegar a la meta que nos hemos propuesto, sea para hacernos con lo que ansiamos, todo ello sin mirar si el propósito es bueno, si el fin es el adecuado, si ello nos dará la simple felicidad de disfrutar de la paja del pesebre.

Para saber que estoy limpio de todas esas caídas, creo que me tengo que confesar. Haciendo un buen examen de conciencia. Prometiéndolo, para cumplirlo, que no volveré a caer en los mismos errores, eludiendo los resbalones que son el origen del derrumbamiento.

Así sea.